

PARTE PRIMERA.

LOS INDIOS EN LA ANTIGÜEDAD.

INTRODUCCION.

Ruinas desparramadas desde las riberas meridionales del Gila hasta las orillas del lago de Nicaragua; misteriosos jeroglíficos; abandonadas estatuas; una famosa piedra embutida en la soberbia catedral de México; ¹ algunos cantos del mejor rey de Texcoco, ² postreros acentos de la lira indiana; diversos idiomas adulterados por el castellano; sencillas relaciones de los antiguos misioneros y de los primeros conquistadores, esto es lo que nos queda de la antigua civilización mexicana. Forzoso será, pues, para conocerla, lo mejor posible, penetrar en esos derruidos monumentos; descifrar esos jeroglíficos; estudiar los restos de la ciencia y del arte mexicanos; purificar, analizar y comparar los idiomas indígenas; cubrirnos con el polvo de las bibliotecas, y pasar largas horas con la frente inclinada ante libros de soporífera lectura. ¡Ardua empresa por cierto, muy superior á nuestras débiles fuerzas, muy elevada para una simple memoria! Contentémonos, pues, con fijar la vista en los puntos más notables de la civilización mexicana,

1 El calendario mexicano.

2 Netzahualcoyotl.

y con hojear la historia de los indios, de cuyo trabajo, sí, no podemos relevarnos, porque sólo comparando al indio antiguo con el moderno podremos conocer su diferencia; sólo la historia de la raza indígena nos indicará las causas de su abatimiento, y sólo conociendo esas causas podremos aplicar acertadamente el remedio que se busca.

NACIONES QUE LOS ESPAÑOLES ENCONTRARON EN MÉXICO.

Los españoles encontraron en México algunas naciones de una cultura muy adelantada, otras en que apenas comenzaba á introducirse la civilización, y varias tribus en el estado salvaje. Pertenecen á la primera clase, los mexicanos ó aztecas, los tezcucanos ó acolhuas, los tarascos, los zapotecas, los mixtecas, los chiapanecas y los mayas, pues aunque había otras familias civilizadas del mismo ó diferente origen, pueden considerarse incluídas en las anteriores, por lo que respecta al estado de su civilización, pues por lo demás, la clasificación exacta de las diversas razas que habitaron en México no puede hacerse si no es por medio de la filología comparativa. Nosotros nos referiremos, en el presente escrito, principalmente á los aztecas y tezcucanos, que son de los que tenemos más noticias.

RELIGION MEXICANA.

La institución más importante de las sociedades humanas es la religión. «Se ha creído, durante largo tiempo, que los dogmas son obra de la política, siendo así que la proposición contraria es la verdadera: el cristianismo existía en Belén antes de las instituciones modernas, el Evangelio antes del papado, el Koran antes del califato, el sacerdocio del Sinaí antes del trono de Jerusalén, la revelación de Zoroastro en la Bactrina, antes del desarrollo político de la Persia.»¹ Pero en ninguna parte encuentra mejor aplicación ese principio, que en México, pues aquí la religión lo era

¹ *Quinet*. Génie des Religions.

todo, mezclándose en la política, en la legislación, en el comercio, en la agricultura, en las ciencias, en las artes y en las costumbres domésticas: el carácter, el principio dominante de la sociedad mexicana era el fanatismo religioso.

Los mexicanos y los tezcucanos reconocían la existencia de un Ser Supremo, de una causa primera, y le daban el nombre genérico de *Teotl*, Dios, cuya analogía con el *Theos* de los griegos, se ha notado ya por varios autores.¹ La idea de Dios es una de aquellas que parecen radicadas en nuestro propio ser, una idea innata, en el sentido que le da la filosofía racionalista, es decir, una idea que se desenvuelve en nosotros, por el solo hecho de pensar.² Las ideas innatas lo son, pues, no por la época sino por el modo de su nacimiento, y por eso no es raro ver que la mayor parte de las naciones han adquirido muy tarde la idea pura de la divinidad. Entre los mexicanos y tezcucanos se hallaba obscurecida esa idea con la adoración de mil númenes, que invocaban en todas sus necesidades, entre los cuales había trece principales, siendo las más notables el Dios de la Providencia, el de la guerra, el de las aguas y el del viento.³

DIOSES PRINCIPALES DE LA MITOLOGIA MEXICANA.

El dios de la Providencia tenía su asiento en el cielo, y á su cuidado todas las cosas humanas; el de las aguas se consideraba como fecundador de la tierra, y moraba en las más elevadas montañas donde se agrupan las nubes; el de la guerra era el principal protector de los mexicanos, su guía en la peregrinación que hicieron desde el país misterioso de *Aztlán*, el númen á cuyo favor debían las grandes victorias que los elevaran desde humildes pescadores del lago, hasta ser los primeros señores de Anáhuac. El dios de los vientos tenía un aspecto más benigno: era un hom-

¹ *Clavijero*. Historia antigua de México.—*Buschmann*. De los nombres de lugares aztecas, etc.

² *Locke*, el patriarca de los sensualistas modernos, decía: «Si hay alguna idea innata, esa idea es la de Dios.»

³ *Boturini*. Idea de una historia de la América septentrional, pág. 11 y siguientes.—*Sahagún*. Historia de N. E., lib. 1.^o—*Torquemada*. Monarquía indiana, lib. 6.^o, cap. 20 y siguientes.

bre blanco, corpulento, de cabellos negros y crecidos, y de barba poblada; vestía una túnica larga, tenía palacios de plata y piedras preciosas; era sabio, prudente y virtuoso; en fin, su época había sido para los antiguos mexicanos, lo que el reino de Saturno para los griegos. ¹

También tributaban culto los mexicanos al sol y á la luna, ² y, según parece, aun á algunos animales que consideraban como sagrados. ³

En la mitología azteca figura igualmente un *genio del mal*, al que llamaban *hombre buho*, pues de alguna manera han de explicarse el bien y el mal, que se ven confundidos acá en la tierra. También los persas tenían á Oromasdes y Arimanes, el primero genio del bien y el segundo del mal, y más adelante el Maniqueísmo nos presenta explicaciones análogas.

MITOLOGIA DE LOS TARASCOS Y OTROS PUEBLOS.

La mitología de los tarascos era menos complicada que la de los aztecas y tezcucanos, de manera que un autor grave asegura que no adoraban más que un ídolo, cuyo templo estaba en Tzacapu, en la cumbre de un monte donde habitaba el Sumo sacerdote. ⁴ Hablando tal vez del mismo ídolo dice un cronista, que los tarascos «le tenían por hacedor de todas las cosas, que daba la vida y la muerte, los buenos y los malos temporales: llamábanle en sus tribulaciones mirando al cielo, entendiendo que allí estaba.» ⁵ En suma, los tarascos parece que tenían, como los mexicanos, la idea de una causa primera. Empero, un autor, más moderno que los citados, hace ver que los tarascos eran politeístas, pues además del Dios principal, que es el que adoraban en Tzacapu, tuvo conocimiento ese autor de otros ídolos, y dice que en Iguatzio vió un templo con un ídolo de figura humana y otro en forma de lagarto. ⁶

¹ *Boturini*. Páginas 11, 12, 25 y 17.—*Torquemada*. Lib. 6°.—*Sahagun*. Lib. 1° cap. 1 á 5: lib. 3°, cap. 1° y siguientes.

² *Torquemada*. Lib. 6°, cap. 12.

³ *Motolinia*. Historia de los indios, en la Colección de documentos publicada por García Icazbalceta, tom. 1°, págs. 33 y 34.—*Torquemada*. Lib. 6°, cap. 16.—*Humboldt*. Vues des cordillères, pág. 219.

⁴ *La Rea*. Crónica de Michoacán, lib. 1°, cap. 19.

⁵ *Herrera*. Déc. 3°, lib. 3°, cap. 10.

⁶ *Beaumont*. Crónica de Michoacán, lib. 1°, cap. 8°, MS.

Entre los mixtecas había diversos dioses, y el principal de ellos tenía su metrópoli en Achiutla, á donde iban á adorarle de todas las provincias. En un lugar de la Zapoteca era célebre el culto que se daba á una mazorca de maíz, con el objeto de asegurar las cosechas. ¹

También en Yucatán adoraban los naturales diversos dioses, aunque creían en la existencia de uno superior, del cual proceden todas las cosas; le tenían por incorpóreo y no le representaban con estatua alguna. Mal se aviene, sin embargo, idea tan espiritualista, con la creencia en que estaban los yucatecos de que su Dios mayor había sido casado, siendo su esposa la inventora de los tejidos de algodón, y tal vez esa diosa es la que en la mitología yucateca figura con el nombre de «Madre de los dioses,» entre los cuales se contaban el del canto, el de la poesía, el de los vientos, el de la guerra, el de la agricultura y otros muchos. ²

SISTEMA PSICOLÓGICO.

La inmortalidad del alma fué un dogma admitido en aquellos pueblos, siendo tres los lugares adonde iban las almas, según la creencia de los mexicanos; las felices regiones del sol; un jardín delicioso, residencia del Dios de las aguas, y un lugar oscuro ³ que se ha comparado con el infierno cristiano, en donde residían un Dios y una Diosa, que hacen recordar á Pluton y Proserpina. ⁴ ¿Creían, por esto, los mexicanos de una manera clara y distinta en las penas y recompensas futuras, en el mérito y demérito? He aquí una cuestión que necesitaría investigaciones especiales, un detenido examen para poderla resolver con acierto. El P. Sahagun, uno de los jueces más idóneos tratándose de antigüedades mexicanas, dice que al infierno iban los que morían de enfermedad común, al paraíso los ahogados, los muertos de rayo, de lepra y otras enfermedades determinadas, y al cielo los muertos en la guerra y los sacrifica-

¹ *Burgoc*. Descripción geográfica de Oaxaca. Parte 2ª, cap. 23 y 67.

² *Cogolludo*. Historia de Yucatán, lib. 4°, cap. 5°.

³ *Sahagun*. Lib. 3°, Apénd., cap. 1° y siguientes.

⁴ *Boturini*. Pág. 30.—*Sahagun*. Loc. cit.

dos, los cuales después de cuatro años se tornaban en aves de hermosísimas plumas. ¹ Nada parece, pues, más caprichoso que este sistema, ni menos análogo con la creencia cristiana respecto al castigo del crimen y al premio de la virtud. Sin embargo, el sacerdote azteca, pidiendo á Dios auxilio contra la peste, decía: «La muerte tiene hambre y sed de tragar á cuantos hay en el mundo... entonces cada uno será castigado conforme á sus obras.» ² El historiador Gomara dice terminantemente: «Bien pensaban estos mexicanos que las ánimas eran inmortales, y que *penaban ó gozaban según vivieron,*» ³ y por este estilo se encuentran aserciones semejantes en otros autores.

Respecto á la creencia análoga á la transmigración pitagórica, ya hemos visto que presentan un ejemplo los mexicanos; pero donde se ve con más claridad es entre los tlaxcaltecas, los cuales decían que las almas de los nobles se convertían en nieblas, pájaros y piedras preciosas, así como las de la gente común en animales viles. ⁴ ¡He aquí otra distinción que no estaba fundada en el vicio y en la virtud, y que llevaba el rango social aun más allá de esta vida!

Los yucatecos, según su historiador, «tenían noticia de que en el otro mundo los malos eran castigados con muchas penas, y los buenos premiados en agradable sitio, ⁵ lo cual ampliamente confirma otro autor diciendo: «En la creencia de la inmortalidad del alma han excedido, á otras naciones de las Indias, los de Yucatán, porque siempre han creído que después de esta vida mortal había otra más excelente, de la cual iba á gozar el alma en apartándose del cuerpo. Decían que la vida futura se dividía en buena y mala: esta, para los viciosos; la buena, para los buenos; y esta creían que era un lugar deleitoso, para vivir sin pena, con abundancia de comida y bebida de dulzura, debajo de un árbol de gran sombra, debajo del cual descansasen; y que la vida mala, era en lugar más bajo, padeciendo grandes necesidades de hambre, frío, tristezas y tormentos; y no daban ra-

¹ Sahagun. Loc. cit.

² Sahagun. Lib. 6º, cap. 1º

³ Gomara. Conquista de México, pág. 436. (Edic. de Rivadeneyra.)

⁴ Torquemada. Lib. 6º, cap. 47.

⁵ Cogolludo. Lib. 4º, cap. 7º.

zón de quién les hubiese enseñado esta su Gloria é Infierno.» ¹

MORAL.

Se han comparado minuciosamente los preceptos de la moral mexicana con las leyes del Decálogo, y resulta que aquella prohíbe faltar al respecto á los padres, el homicidio, el adulterio, el incesto, la sodomía y otros pecados carnales, el hurto y la mentira. ² Pero como mejor podemos apreciar la naturaleza de la moral mexicana, es examinando los preceptos que el rey daba al pueblo en su coronación, y los consejos que los padres y madres daban á sus hijos é hijas. «Lo que principalmente os encomiendo, decía el rey, «es que no bebáis vino, porque es como narcótico, que saca al hombre de juicio, de lo cual mucho se apartaron y temieron los viejos y viejas, y lo tuvieron por cosa muy aborrecible y asquerosa... El vino y la embriaguez son causa de toda discordia y disensión, de todas las revueltas y desasosiegos de los pueblos y reinos, es como un torbellino que todo lo revuelve y desbarata... de esta borrachera proceden todos los adulterios, estupro, corrupción de vírgenes y violencia de parientas y afines: de la embriaguez proceden los hurtos, latrocinios y violencias: otro sí, proceden las maldiciones y testimonios, murmuraciones y distracciones, las vocerías, riñas y grita; todas estas cosas causa el vino y la borrachería.» ³

El padre de familia exhortaba á sus hijos al trabajo, á los ejercicios de la agricultura, á ser juiciosos, humildes pacíficos y respetuosos; ⁴ mientras que la madre aconsejaba á sus hijas con estas palabras: «De noche y de día debes orar muchas veces y suspirar al Dios invisible é impalpable... Levántate á lavar las bocas á los dioses y á ofrecerles incienso, y mira no dejes esto por pereza, que con estas cosas demandamos á Dios y clamamos á él para que

¹ Herrera. Déc. 4º, lib. 10, cap. 4º.

² García. Origen de los indios, lib. 3º, cap. 6º.

³ Sahagun. Lib. 6º, cap. 14.

⁴ Sahagun. Lib. 6º, cap. 17.

«nos dé lo que cumple. Hecho esto, comienza á hacer luego lo que es de tu oficio, á hacer cacao, ó moler maíz, ó á hilar, ó á tejer. . . . mira que aprendas muy bien cómo se hace la comida y bebida, para que sea bien hecha. . . . mira que no te des al deleite carnal, mira que no te arrojes sobre la inmundicia y hediondez de la lujuria, y si has de venir á esto, más valía que te murieras luego.» Y por este estilo se recomendaba la práctica de las virtudes y el apartamiento del vicio.¹

SACERDOTES.

La clase sacerdotal era en México y en Texcoco la más respetada y la más sabia de la nación. Los sacerdotes cuidaban de la educación de los jóvenes, conservaban por medio de la escritura jeroglífica la historia nacional y los conocimientos científicos, cultivaban la poesía, observaban los astros, y de sus rentas, todas donativos voluntarios del pueblo devoto y de los reyes, repartían entre los pobres lo que sobraba de los gastos del culto.² Los sacerdotes cumplían con el mayor fanatismo, los más estrechos ayunos y las más duras penitencias, siendo una de las que practicaban frecuentemente sajarse las piernas con púas de maguey hasta sacarse sangre, usando también la flagelación en algunas de sus fiestas. Cuatro veces al día incensaban á los ídolos, al amanecer, al medio día, al anochecer y á media noche.

Teñidos los sacerdotes con una tinta negra, en cuya composición entraban, á veces, multitud de insectos venenosos, crecido y despeinado el cabello, su aspecto era asqueroso y repugnante. Rigurosos castigos estaban reservados al desgraciado que faltaba á su deber; pero no obstante tan dura disciplina, el fanatismo, por una parte, y por otra la consideración que se guardaba á los sacerdotes, hacía que su número se multiplicase de tal manera, que sólo en el templo mayor de México se mantenían cinco mil de ellos.³

La jerarquía sacerdotal estaba perfectamente señalada,

¹ Sahagun. Lib. 6º, cap. 18, *et passim*.

² Torquemada. Lib. 8, cap. 21; lib. 9, cap. 13, *et passim*.—Sahagun. Libro 2º, Apénd.

³ Gomara. Pág. 433.—Acosta. Historia de Indias, lib. 5º, cap. 14, 17 y 26.—Herrera. Déc. 3ª, lib. 3º, cap. 15, 16 y 17.

desde los sumos sacerdotes hasta los que conducían efectos para el culto. Había también mujeres en los templos, que ejercían el cargo de sacerdotisas.¹

Entre los tarascos todavía era más respetada que en México la clase sacerdotal. Ocupábanse frecuentemente los sacerdotes en amonestar al pueblo á estilo de sermón, y el rey mismo visitaba cada año al Sumo sacerdote, y hablándole de rodillas le pagaba primicias, que también estaba obligado á pagar todo el pueblo.²

Asegúrase que los sacerdotes zapotecas se dedicaban al altar desde niños, estropeándose de tal manera que quedaban incapaces de mujer. En la Mixteca los sacerdotes se consideraban superiores al rey mismo, y era tal el respeto que se tenía al Sumo pontífice, que ningún plebeyo le veía jamás la cara, pues creían caer muertos por tal atrevimiento. Nunca se casaba el Sumo pontífice; pero en ciertas fiestas le llevaban una mujer soltera, y si ésta concebía, la guardaban cuidadosamente para que, si nacía varón, heredase el pontificado. Los sacerdotes mixtecas debían permanecer vírgenes, y tener un año de noviciado, sujetos al ayuno y penitencia.³

En Yucatán los mismos nobles servían en las fiestas de los ídolos, y los sacerdotes eran tan crueles en sus penitencias como los mexicanos.⁴ El pontificado era hereditario de padres á hijos, y tenía tal ascendiente el Sumo sacerdote, que en todos los negocios le consultaban los señores. Los sacerdotes yucatecos, eran, como en México, los depositarios de los conocimientos científicos, los comunicaban á la juventud, y los conservaban por medio de la escritura jeroglífica.⁵

CULTO RELIGIOSO.

Pero el ejercicio repugnante, horrible, de los sacerdotes de Anáhuac, era la práctica de los sacrificios humanos, que

¹ Sahagun. Lib. 2º, Apénd.—Torquemada. Lib. 9º, *passim*.

² La Rea. Loc. cit.

³ Burgoa. Cap. 23, 53 y 58.

⁴ Cogolludo. Lib. 4º, cap. 3º y 7º.

⁵ Herrera. Déc. 4ª, lib. 10, cap. 2.

en México llegó al más alto grado que se conoce en los anales de los extravíos humanos.

Era la manera común de sacrificar, abrir el pecho de la víctima con un pedernal agudo, extraerle el corazón que, todavía humeante, se presentaba al sol, y luego se arrojaba sobre la impía deidad, objeto de aquel abominable culto. A veces se desollaba el cuerpo del sacrificado, y su húmeda piel servía de vestidura á los sacerdotes y devotos, y aun el rey mismo solía bailar cubierto con aquel fúnebre manto. En las fiestas del dios del fuego, algunos infelices eran precipitados en las llamas; y además se usaban otros varios medios para consumir semejantes atrocidades, ejercitadas en hombres, mujeres y aun débiles niños.¹

El culto mexicano no quedaba completo con la muerte de los seres humanos; se practicaba después otro uso más repugnante todavía: una parte del cuerpo de la víctima era la materia de un banquete y se comía como un objeto sagrado.²

*!Tantum religio potuit suadere malorum!*³

Sin embargo, parece que en Yucatán no se comía la carne de los sacrificados, pues Cogolludo asegura que los yucatecos «nunca comían carne humana,»⁴ si bien Herrera dice: «Algunas veces se comen al sacrificado, aunque los «de Yucatán no fueron tan grandes comedores de carne «humana.»⁵

No se limitaban los mexicanos á ofrecer víctimas humanas á sus dioses, sino que también sacrificaban en honor suyo diversos animales, especialmente codornices, las cuales diariamente eran ofrecidas al sol, é igualmente se presentaban á los ídolos varias especies de plantas, flores, jo-

¹ Sahagun. Lib. 2º, *passim*.—Acosta. Lib. 5º, cap. 20 y 21.—Gomara. Pág. 443 y siguientes, *La Rea*. Lib. 1º, cap. 11.—Burgoa. Cap. 26, *et passim*.—Cogolludo. Lib. 4º, cap. 7º.

² Bernal Diaz. Conquista de México, cap. 51.—Carta del P. Bolonia en Ternaux, tom. 10, pág. 215.—Motolinia. Pág. 40.—Sahagun. Lib. 2º, cap. 20 y 21.

³ Lucrecio. *De rerum natura*.

⁴ Loc. cit. cap. 3º.—Lo mismo asienta Gomara, pág. 186.

⁵ Herrera. Déc. 4ª, lib. 10 cap. 4º.

yas, resinas y viandas, agradable recuerdo de una época menos supersticiosa.¹

Practicaba pródigamente el pueblo los ayunos y penitencias, á ejemplo de los sacerdotes, usando con el mayor fervor la flagelación, en ciertas fiestas, y siendo cosa muy común sacarse sangre con diversos instrumentos. En ciertos días no se acercaban los mexicanos á sus esposas en honor de los dioses.² Una de las penitencias más crueles que usaban los mexicanos, era la de agujerearse la lengua, y pasar por el agujero gruesas pajas de heno, según la devoción de cada uno.³

Parece indudable que los mexicanos usaban la confesión auricular, de una manera muy semejante á los católicos: el penitente juraba decir verdad, y luego confesaba sus pecados al sacerdote, el cual le aplicaba diversas penitencias, le exhortaba á bien vivir, y solía recomendarle que sacrificase un esclavo.⁴ También se asegura que entre los ritos de los aztecas había uno parecido á la comunión católica, pues hacían bollos de masa y los comían, diciendo que aquellos bollos se convertían en la carne del Dios de la Providencia.⁵

En Yucatán usaban igualmente los naturales la confesión, en peligro de muerte; pero diciendo públicamente sus pecados, lo cual, agrega un cronista, «solía traer hartas revueltas entre maridos y mujeres.»⁶ El mismo cronista dice que «el bautismo sólo en Yucatán se ha hallado de todas las provincias de Nueva España, y en su vocablo quiere decir *nacer otra vez*.» Se administraba de los tres á los doce años de edad, y sin haberlo recibido, nadie podía casarse.⁷

Pero para reducir todas esas noticias á su verdadero tamaño sería necesario un trabajo exquisito, una crítica concienzuda y una lógica severa; pues así como los misioneros adulteraron las lenguas indígenas amoldándolas á la gramá-

¹ Sahagun. Lib. 2º, *passim*.—Acosta. Lib. 5º, cap. 18.

² Sahagun. Lib. 2º, cap. 14, *et passim*.—Gomara. Loc. cit.—Acosta. Libro 5º, cap. 17.—Boturini. Pág. 51.

³ Sahagun. Lib. 2º, Apénd.

⁴ Sahagun. Lib. 1º cap. 12, y lib. 6º, cap. 7.

⁵ Motolinia. Pág. 23 y 24.

⁶ Herrera. Déc. 4ª, lib. 10, cap. 4º.

⁷ Herrera Loc. cit.